

## ESTUDIOS DE VIAGES.



Capilla de la Santa Sangre en Bruges.

**CAPILLA DE LA SANTA SANGRE EN BRUGES.**

Esta capilla es uno de los últimos monumentos construidos en Europa en el estilo gótico, porque data del  
SEGUNDA SERIE.—1837.

año 1533, época del arte semipagano y del renacimiento que habia reemplazado por todas partes al arte ogival. Sucedia á un edificio mas antiguo que contenia la misma reliquia. Hemos recogido sobre esta preciosa reliquia y las dos construcciones, curiosos detalles.

En 1147, Thierry de Alsacia, conde de Flandes, habien-

AÑO XV. 7.



do perdido á su muger y queriendo distraerse de su dolor, marchó á la Tierra Santa con trescientos caballeros. Era la segunda vez que visitaba la Palestina é iba á combatir contra los infieles. Tomó varias fortalezas, ganó muchas batallas y mostró tal valor, que los cruzados le nombraron de comun acuerdo príncipe de Damasco. Queriendo mostrarle personalmente su gratitud el rey de Jerusalem, tuvo una conferencia para esto con el patriarca de la ciudad santa. Resolvieron ofrecerle una gota de la sangre de Jesucristo que Nicodemus y José de Arimathea habian cogido en su esponja despues de haber lavado las llagas de Cristo al bajarlo de la Cruz. Convocaron, pues, á todos los príncipes latinos en la iglesia del Santo Sepulcro: y allí, ante el emperador Conrado, el rey de Francia Luis el Gordo, y una multitud de poderosos señores, llenó el gran Pontífice un cilindro pequeñito de cristal con la sangre venerada, lo guardó en un estuche de terciopelo bordado de oro, suspendido de una cadena del mismo metal. Terminada la operacion, puso la cadena al cuello de Thierry de Alsacia. El conde, con una humildad enteramente cristiana, juzgándose indigno de llevar aquel tesoro tan precioso, lo entregó á Leonio, abad de San Benito, que debia guardar cuidadosamente la reliquia durante el viage.

Despidiéronse de él los príncipes cruzados con un espléndido banquete, y el valiente gefe se embarcó para Flandes. Volvió allí en 1149. Informado del don que habia recibido, acudió el pueblo á su encuentro: queria ver el relicario santificado por el divino líquido: queria admirar al vencedor de los sarracenos. El 7 de abril, cuando se aproximó á Bruges, todas las campanas se echaron á vuelo: los sacerdotes, la nobleza, la magistratura, seguidos del pueblo, de los gremios y de los oficios, salieron procesionalmente de la ciudad para ir á recibirlo. Era una fiesta religiosa al mismo tiempo que una solemnidad feudal. Colgaduras, banderolas, guirnaldas y flores empavesaban las calles. Una muchedumbre compacta se agolpaba en ellas, y cubria las ventanas y hasta los techos. Thierry iba montado en un caballo blanco que dos monges descalzos llevaban por la brida. Delante de él caminaba sobre una hacanea el prior de San Benito, llevando siempre la reliquia colgada de su cuello. Cuando llegó la comitiva al palacio del conde, Leonio entregó la santa reliquia á Thierry, que mandó depositarla en la capilla de San Benito de Bourg.

Nombró en seguida cuatro capellanes y un sacristan para velar sobre aquella noble recompensa á su valor. Mas tarde se les concedieron numerosas prerogativas.

La capilla de San Benito formaba en otro tiempo parte de la primera mansion de los condes de Flandes, construida por Balduino Brazo de hierro, en 865. Por eso se decía San Benito de Bourg, porque la palabra bourg significaba castillo en la lengua germánica. El antiguo oratorio amenazaba ruína; Thierry de Alsacia mandó derribarlo, y no conservó sino el cripto que existe todavía. Esa construccion del siglo segundo, tuvo la misma suerte que el precedente: el tiempo carcomió poco á poco las piedras, y penetrando las aguas de las lluvias en la bóveda, cayó sobre las losas. Viéronse obligados á reconstruir la capilla en 1533. Desde esta época data la fachada cuya vista representa el grabado que presentamos á nuestros lectores á la cabeza de este artículo. Ofrece todos los caracteres del gótico en la estrema decadencia. Sin embargo, tiene un elegante aspecto en

general, que necesariamente debe participar de los vicios del arte que iba espirando. Tres pórticos sobrepuestos, arcos calados que le dan una gracia y una ligereza poco ordinarias. La puerta espléndidamente adornada se abre sobre una columnata de caracol muy notable: muchas personas la miran como una obra maestra. El interior de la capilla es muy sencillo: no se hizo probablemente mas que restaurarla y asegurarla en 1533, porque se ven allí las fastuosas decoraciones del gótico florido. La atencion se fija principalmente sobre la urna magnífica donde está depositada la Santa Sangre. Se han empleado en ella setecientas setenta y nueve onzas de metal: la plata forma la mayor parte: pero algunos adornos, aunque en corto número, y bajos relieves, son de oro macizo. Perlas y piedras preciosas añaden ademas brillo á estas alhajas. Fué ejecutada en 1617 por Juan Crabbo, schérif ó alcalde de Bruges, y le dió el aspecto de un templo exágono, conteniendo el relicario.

Hay encima tres torrecillas que encierran las estatuitas de Cristo, la Virgen, de San Benito y San Agustin. Treinta y dos escudos rodean la base: son las armas del preboste y los cofrades de la Santa Sangre que costearon aquella piadosa obra de platería. Dibujada al estilo del renacimiento, la urna es una de las mas hermosas obras que nos han trasmitido aquellos.

La arquitectura de la fachada tiene la fecha del siglo XVI: casi todas las piedras son nuevas. Durante el imperio, esta graciosa construccion amenazaba desaparecer: no quedaban ya mas que dos ó tres peldaños de la grande escalera, las bóvedas estaban abiertas y los escombros llenaban el suelo. Los habitantes de Bruges tomaron entonces la determinacion de reconstruir la capilla, y demolieron lo que habia quedado, pero teniendo cuidado de numerar las piedras, se sirvieron de las vistas y planos detallados.

La pequeña fachada que se nota sobre la derecha no hace parte de la capilla aunque sea del mismo estilo, y haya sido construida en la misma época. En este edificio se encontraba en otro tiempo la escribanía del tribunal de Bruges.

Una ceremonia instituida el 3 de mayo de 1311 para recordar á las contemporáneas y futuras generaciones el solemne favor de Thierry de Alsacia, ha contribuido á hacer famosa la capilla de Bruges. Era una inmensa procesion donde figuraban todas las autoridades de la ciudad de gala, y todas las corporaciones con sus carros, sus estandartes y sus insignias. La víspera de la fiesta, los músicos de los diversos gremios se reunian delante de la fachada, y cada uno de ellos subia alternativamente sobre el escalon mas alto y entonaba un himno: los maestros de música cantaban en seguida las vísperas en el coro de la iglesia situado cerca de la capilla consagrada á San Benito como la última. Al dar las doce de la noche se esponia la Santa Sangre á vista del público. A la una las beatas con su cura á la cabeza, y seguidas de una muchedumbre numerosa, comenzaban una procesion alrededor de las murallas, la cual duraba nada menos que cuatro horas. Estas largas filas de religiosos cantando al resplandor de las antorchas producía un efecto admirable. En fin, á las diez comenzaba el desfile: el clero de la catedral, las órdenes monásticas y religiosas abrian la marcha; despues seguia la magistratura y las corporaciones de los gremios que pasa-



ban del número de ciento: las cofradías armadas, como la de los arqueros y ballesteros, terminaban la comitiva.

La mas hermosa de estas procesiones se verificó el 3 de mayo de 1717, cuando se contó el sexto aniversario de la vuelta de Thierry de Alsacia. Viéronse entonces toda clase de gigantes y figuras simbólicas llevadas en car-

ros. Habiendo imposibilitado estas solemnidades de otra época la revolucion francesa, permaneció suprimida hasta 1820 en que un decreto real volvió á restablecerla, no habiendo vuelto á celebrarse, sin embargo, con la misma pompa que antes.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### HISTORIA DE UNA ROSA CONTADA POR ELLA MISMA.

#### I.

.....Levantó su moribunda cabeza, y comenzó así su historia:

—Ayer....—¡la vida de las flores cuenta tan pocos días! —ayer el primer rayo del sol entreabrió dulcemente mi cáliz, y me hizo salir en medio de mis hermanas fresca y linda cual ellas.

Todavía me acuerdo de esto. Aturdida al pronto por el aire y la luz del día, estuve tímidamente oculta bajo mi ancha hoja; pero poco á poco deseosa de ver el mundo me aventuré á levantar mi cabeza, y á mirar en derredor de mí.

Mi tallo se elevaba graciosamente sobre uno de los mas hermosos rosales que jamás han nacido en este país, donde se les cultiva por centenares para cogernos y venderlos apenas abiertas. Todo lo que podía alcanzar mi vista veía rosas, por todas partes rosas. Creí desde luego que solo nosotras llenábamos el universo: pero pasó un pájaro y mi vista siguió su vuelo: vi el azulado cielo, las plateadas nubes: oí cantar la alondra: un insectillo cayó cerca de mí, y comprendí que habia en el mundo mas seres que las flores.

Entonces creciendo mi pensamiento me pregunté quien habia creado todo lo que veía, á mí misma. Un soplo armonioso se deslizó en los aires murmurando un nombre: ¡JENOVA!

Este nombre despertó en mi espíritu un indecible pensamiento de grandeza y de amor. Conocí que si era hermoso, que si era dulce vivir, era mas hermoso, mas dulce todavía dar gracias á Dios por la vida que nos habia dado. Este pensamiento me inspiró un himno de reconocimiento al Creador del cielo, de la tierra y de las rosas. Saludé al Señor de la naturaleza: le dí gracias de que despues de haber dispensado la vida á tan diversos seres me habia concedido una pequeña parte enviándome tambien á mí, débil flor, un rayo de sol para hacerme nacer y regocijarme.

Despues de mi oracion, paseé la vista con entusiasmo sobre cuanto me rodeaba, admiré el sol: contemplé el cielo: bebí el rocío: escuché el vuelo de las sílfides y el canto del grillo. Mi entreabierto cáliz aspiraba el puro aire de la mañana, y mi perfume, débil todavía, se exhalaba dulce-

#### II.

mente: gozosa y encantada me abandoné á la vida; púseme á saborear buenamente la existencia, meciéndome feliz sobre mi tallo.

Sin embargo, asombrábame ver á mi alrededor á mis hermanas tristes y desfallecientes; algunas hasta lloraban. ¡Ay! ¡conocian ya la suerte que las preparaba el porvenir! Casi todas, mas abiertas que yo, sabian mucho de las cosas de este mundo. Abiertas la víspera, tenían un día largo de esperiencia: y por eso sin duda se las escapaban lágrimas de sus cálices que caian en brillantes gotas sobre su verde follage. Y yo, ocupada enteramente en rechazar mi cubierta, en desplegar mis pétalos para abrirme mas pronto, no tenia cuidado de pensar en aquella vida en que entraba, y que encontraba tan dulce, y que confiaba continuar.

No tardaron en darme luz sobre esto los discursos de mis hermanas. Hablaban y hacian grandes conjeturas sobre lo que iba á sucederlas.

Las rosas no se parecen entre sí; hay en sus caracteres una porcion de matices. Las unas son locas, coquetas ó ligeras: otras graves, doctas y serias. Estas diferencias se marcaban bien en la diversidad de sus deseos.

—¿Qué me importa ser cogida esta mañana ó esta tarde? decía una rosa de cien hojas, espíritu fuerte que se pavoneaba orgulosamente sobre su tallo. ¿No ha de concluir siempre por esto? El céfiro ha pasado llevándose mis perfumes en sus alas: ¿qué mas necesito? he vivido, quiero morir.

—¡Oh! yo no, exclamó mas lejos una rosa de Bengala; ¿Qué he hecho yo en este tiempo sino abrirme? Nada conozco del mundo, el sol es hermoso sin duda, pero tambien en la tierra hay placeres y funciones: quiero mi parte en ellas. En medio de los palacios, bajo los dorados artesones, al resplandor de espléndidas arañas, al melodioso son de ligeros compases, quiero rodear con mis frescas guirnalda el esbelto tallo de la hermosa jóven; y mezclada en su rubia cabellera, sin espinas para ella, la seguiré en sus festines para adornarla y embellecerla. Este es el destino que envidio.

—Sí, que me cojan, exclamó cerca de mí una rosa purpúrea, de tallo altivo, que me lleven á la ciudad. Aqui nadie me vé; quiero ser vista. En vano ostento en estos campos mis mas vivos colores: el céfiro pasa y me olvida. Soy, sin embargo, bella; quiero brillar y agradar. ¿Qué me importa



ser cogida? No se compra demasiado caro un día de felicidad y de gloria.

—Qué tontería el querer agradar, respondió con una voz ágría la rosa única; yo quiero vivir y vivir para mí misma. No entendeis nada de esto, hermanas mías: abrirse lo menos que se pueda á fin de prolongar la existencia: reconcentrar dentro de sí sus perfumes, para mejor gozarnos: esta es la felicidad. Buenas noches, señoras: yo cierro mi cáliz, mientras os cogen, dormiré.

—Yo quiero vivir para amar, dijo la rosa silvestre de los campos cuyas débiles ramas se estrechan, como la yedra, de los árboles; yo amo á mi sosten y á mi follage que me abriga: yo amo la gota de rocío que calma mi sed y las poderosas abejas que me visitan; amo el canto de la cigarra en los trigos y los pájaros del aire en los bosques; amo la soledad y sus dulces misterios; por eso me deshojo en la mano del que me arranca de mi tallo: por eso no quiero morir todavía.

—Es el mes de la Virgen, de María, dijo dulcemente á lo lejos una rosa blanca; la guardo mis perfumes como un incienso; para ella quiero ser cogida; quiero morir en su altar.

—¡Gran Dios! exclamé yo al fin llena de terror. ¿Qué habláis todas de ser cogidas y de morir si apenas nos hemos abierto?

—¡Ay pobre rosa! dijo una voz grave sobre mi cabeza, es preciso cumplir su destino, y todos tienen en el mundo su luz que han de seguir.

—Abuela, replicó irguiéndose un capullo de frente purpúrea y aire travieso, habláis muy cómodamente; vos contáis al menos cuatro días muy largos, y habeis tenido tiempo de contemplar el sol y la naturaleza, escuchar el céfiro, respirar y vivir. Marchad delante de nosotros si el corazón os lo dice.

—No me cogieron, respondió la voz grave con tristeza; era hermosa y me han reservado para simiente. Mis aromas han pasado, los suspiros del aire deshojan mi corola, y mientras que se lleva mis ajados pétalos, veo caer en derredor de mis hojas mis hermanas cortadas por la mano del hombre. Muy pronto quedaré sola en este campo desierto y despojado de vosotras.

—Pues que estais segura de que no os cogerán, interrumpió el capullo, dejadme esconderme bajo vuestras anchas hojas. ¡Yo soy pequeño! aun no he tenido tiempo para hacer mi oracion.

Y listo, entreabriendo su flexible cabeza de repliegues, desapareció bajo el follage de la triste rosa.

—Pero, hermana, me gritó desde su abrigo, ven pronto; mira que los malos nos buscan; despáchate...

—Pero yo no quiero todavía ser cogida, dije con voz dolorida, tengo algo que hacer seguramente en este mundo: debo cumplir entero mi feliz destino.

—Aprende de mí, respondió la rosa triste, que para toda criatura, aquí en el mundo, la vida es corta y las asechanzas y padecimientos incesantes nos conducen á la muerte.

—¿Hemos sido criadas para eso solo? respondí yo; ¡padecer y morir! No valia la pena de nacer para esto: pero como sois vieja y triste todo lo veis mal. ¡La existencia me parece tan bella! ¡es tan brillante el día! ¡la naturaleza tiene tantas sonrisas! yo quiero mi parte en esa alegría; yo tambien tengo derecho á ser feliz.

—¿Eres tú, pues, como esas rosas de cabeza loca cuyos deseos para el porvenir acabas de escuchar? Créeme y da valor á mi triste esperiencia: no está la felicidad donde ellas la buscan.

—¿Pues dónde está entonces?

No la oí la respuesta; alzóse un rumor cerca de mí: era el murmullo de las rosas que se despedían.

En el mismo instante dos robustos dedos me cogieron: sentí un vivo dolor y caí en medio de mis hermanas desolada y gimiendo.

### III.

¡Horrible momento! violentamente arrancada de mi tallo, arrebatada del paterno campo y entre manos estrañas me veía perdida. ¡Ab! para una rosa que todavía no ha visto ponerse el sol es muy triste abandonar el suelo natal y sentir que se la escapa la vida cuando comenzaba apenas. Herida antes de haber podido formar, como mis hermanas, mi deseo para el porvenir, ignoraba cual habia de ser mi suerte.

—¡Dios poderoso! murmuré en el fondo de mi cáliz; tú solo sabes el destino que me aguarda en este mundo en que me arrojan. Yo no soy mas que una rosita abierta hace una hora: no me abandoneis en mi agonía. Vuestra omnipotencia que ha criado los cielos y sus maravillas, me dará un consuelo para el instante que me dais de vida. Nada de lo que ha salido de vuestras manos puede perecer. No me habeis criado sin objeto. Tú, cuyo oído percibe los deseos del mas ligero insecto oculto bajo la yerba, cuyo ojo cuenta los innumerables pobladores del aire, vela sobre mí y da á una débil flor su momento de felicidad sobre la tierra.

A estas palabras se apagó mi voz: ni sávia se perdía por mi cortado tallo; sentíame desfallecer: no podia sostener mi desfallecida corola: mis hojas caian lánguidas á mi lado; mis pétalos perdían su color encarnado, y mis estambres inclinados sobre los filamentos debilitados dejaban escapar sus antenas que se desecaban: pronto perdí la percepcion y el conocimiento de cuanto pasaba en derredor mio.

### IV.

Volví á la existencia por una sensacion de tal modo dolorosa, que me creí caída para siempre en el frio imperio de la muerte. Una mano que yo trataba de enemiga y acusaba de implacable, me sumergia para reanimarme en una agua pura pero helada. Me hallaba enteramente bañada, enteramente entumida.

—Dios justo, pensé la rosa triste habrá dicho la verdad, y Dios me habrá criado para hacerme sufrir tan cruelmente? ¿Podria abandonar á su criatura? ¿Cuando le invocaba al nacer á la claridad del día, tenia mi corazón tan lleno de amor por él! ¡Si al menos un tibio rayo de sol viniese á visitarme como antes! ¿Qué mal he cometido para ser así castigada? ¡Mis débiles espigas jamás han herido á nadie, ni aun á las manos que me han cogido! ¿Es justo que yo padezca así?

De este modo murmuraba yo contra mi Dios, sin contener mis amargas quejas.



—¡Cuán pobre rosa, cuán inocente rosa era! Cuando me quejaba así entre gemidos rebelándome, no sabía que todos aquí en el mundo tienen su hora dolorosa que vivir y padecer, y que durante esta hora, la virtud, como el agua helada que absorbía mi tallo, adquiere mas fuerza para el tiempo que va á seguir.

Después he comprendido esta y otras muchas cosas todavía por la enseñanza que he recibido.

Sin embargo, me sentí trasportada á un lugar de gran de agitación. Me hallaba en la ciudad; no se veían allí las nubes silenciosas, ni se oía el dulce movimiento del céfiro en las hojas, ni el gorjeo de los pájaros, ni la perfumada voz de mis compañeras formaba agradable concierto; aquí todo es ruido, movimiento y desorden. Tuve miedo al pronto de aquel tumulto; después me habitué á él y tuve curiosidad de ver el mundo. Sentía renacer mis fuerzas, y volver á la vida mi ser: mi tallo estaba derecho y firme: levanté mi corola fresca, resuelta á tomar mi parte de aire, de sol y de alegría. Los hombres iban y venían, se cruzaban en todas direcciones con aire de grande precipitación; pero todo me pareció pálido y disgustante: aquella era la ciudad de que mis compañeras hablaban tanto, y me pareció una mansion atronadora, aturdida. Entre los que iban y venían, muchos se acercaron á mi lado: oía alabar mis atractivos. Mis hermanas, reunidas con otras flores que me eran desconocidas, pasaban de mano en mano. En poco tiempo desaparecieron. ¿A dónde iban? Sin duda irían á los palacios, á las fiestas, al lugar donde las llamaba el cumplimiento de su brillante destino ó porvenir. Pronto quedé sola entregada á mis reflexiones, abandonada, desechada quizá. Y sin embargo, yo también había pedido á Dios, como ellas, mi instante de felicidad.

## V.

Avanzaba el día; vino á colocarse delante de mí una pobre muger, cuyos humildes vestidos, facciones afligidas y ojos llenos de lágrimas, revelaban la miseria y los pesares. Me contempló largo tiempo diciendo con tristeza:

—Tal vez esta rosa alegrará á mi hija triste y enferma: ¡pero soy tan pobre!... ¡tan pobre!...

Y se marchó.

Estas palabras habían conmovido el corazón de la florera. Las buenas gentes del pueblo se ayudan mutuamente: llamó á la muger, y mediante algunos ochavos, feliz y reconocida, me llevó consigo.

¡Así fui vendida... y vendida á vil precio... entregada á manos de la miseria!... me cubrí de rubor, y pensé que sin duda en aquel momento, colocadas en vasos preciosos de Sevres, y jarras del Japon, mis hermanas ostentaban á porfía sus brillantes corolas, en las suntuosas mesas de los grandes. Comparé su suerte con la que el cielo me destinaba, y bajé mi cabeza humillada.

## VI.

La pobre muger me llevaba casi corriendo. Pronto llegamos ante un gran edificio de siniestro aspecto. Entramos bajo una bóveda baja y sombría: una pesada puerta se cerró tras de nosotras.

—¡Justo cielo! exclamé; ¿dónde estoy? ¿dónde me llevan?

Estas altas paredes ocultan la luz; ¡qué corredores tan estreños! ¡qué pisos tan frios! ¿No sale el sol en esta tierra?

Recorriamos tenebrosas galerías y figuras lívidas pasaban en silencio á nuestro lado cual sombras fugitivas. La pobre muger que me llevaba adelantaba con precipitado paso, ocultando su rostro y sus lágrimas. Detúvose al fin delante de una segunda puerta de hierro, sobre la que estaban escritas en letras gordas estas terribles palabras: REOS. Estábamos en la cárcel; en la morada del crimen y de la expiación.

Después de un largo rato de aguardar se entreabrió la puerta para darnos paso, y la temblona voz de la pobre muger pronunció débilmente un nombre... el de su hija.

¡Su hija!... ¡Con qué trasportes la pobre madre tomó en sus brazos el cuerpo débil y demacrado que yacía sobre el duro suelo! ¡Con qué caricias cubrió la frente descolorida, los ojos hundidos y las mejillas de color de tierra de la condenada!

No sé lo que se dijeron durante los pocos instantes que les fueron concedidos. No oí mas palabras que deshonor, crimen, sentencia. Oí también gritos de cólera y de rebelión. Vi las manos de la madre levantarse para bendecir cuando la llevaron moribunda.

La sentenciada la siguió con los ojos; pero en la sonrisa amarga de sus contraídos labios, en su horrenda mirada, había mas desesperación y pesar.

Cuando en nuestro campo antes de abrirme oía á mis hermanas hablar de jóvenes, yo me las figuraba bonitas, felices, inocentes, cual nosotras. Cuando la pobre muger me había llevado para su hija enferma, en mi pensamiento la veía un poco débil y pálida como una de nosotras después de una tormenta; pero en mi pura esencia de flor nunca pude suponer lo que veía en aquel triste lugar á donde me había llevado.

Habiendo quedado sola, me vió la condenada. Me cogió con su mano ardiente.

—Tú estás fresca, me dijo, y yo no lo estoy; tu perfume es suave y mi hálito está emponzoñado; tus pétalos embalsaman, puros y sin mancha, y yo soy culpable y condenada. ¡Vete!

Y me arrojó lejos de ella la condenada: púsose á llorar. Corrían sin duda sus lágrimas sobre su vida que acababa para ella, sobre su infancia pasada tan pronto que apenas acababa de salir de ella, sobre su perdida juventud, tal vez efecto de sus faltas.

Trémula de dolor y de terror, oculta bajo mis hojas, yo también lloraba.

—¡Oh hermanas mías! ¡oh mis queridas hermanas! mi precioso cielo azulado, mi magnífico horizonte y el céfiro alegre que se mecía cerca de mí en un rayo de sol, ¿dónde estais? ¿qué he venido yo á hacer en este lugar de miseria y de angustia?

## VII.

¡Había concluido el día... mi primer, mi último día! Cayó la noche sobre la tierra, reinó el silencio en la prisión; visitó el sueño aquel lugar de prueba espiatoria; empero el sueño mezclado de dolorosas quejas, de siniestros ensueños, de horribles pesadillas



La sentenciada, agitada, sin aliento, cayó sobre su cama. Se despertaba para quejarse y maldecir. En tanto que la fiebre asesinaba el cuerpo, como una serpiente retorcía sus miembros, sus desecados labios murmuraban palabras sin sentido, los recuerdos hablaban en ella y los remordimientos atormentaban su alma. Pasóse la noche y yo no pensé en saludar el día que comenzaba.

Hallábame inanimada ante tanto dolor, una inmensa compasión me embargaba; era tan joven la sentenciada! ¡sus facciones alteradas, dejaban traslucir todavía el sencillo é inocente sello de la infancia! ¡La degradación se hallaba en su frente; mas debajo se veía su inocencia!

Púseme á amar á aquella pobre criatura como una pobre flor tronchada por la tempestad. Ocultaba mi tristeza para no pensar si no en la suya; no me acordaba que me habia arrojado de sí. Resolví agradecerla á fin de distraer sus padecimientos. Por ella, por ella sola levanté mi desmayado cáliz, alcé mi verde corola y mis hojas, esforzándome en estar mas fresca y mas linda para encantar su último día.

#### VIII.

Salió al fin del horrible sueño de la noche. Su primera mirada cayó sobre mí: aquella mirada habia perdido su áspero desden: se hallaba abatida, llena de angustia, de debilidad y de terror.

Quise reanimarla y volverla á la esperanza y la vida. No podia hablarla el lenguaje de las jóvenes; empleé el que me habia dado la naturaleza; exhalé mis mas suaves perfumes y abrí mi cáliz con amor.

La sentenciada me miró y se sonrió.

¡Pobre rosa que he arrojado de mí! me dijo, ¡último don de mi madre! ¿qué vienes tú á hacer aquí? tú, fresca y linda como cuando viste por vez primera la luz del sol... como yo lo fui en los hermosos días de mi inocencia!.... ¡Aquí se padece, se espía, se muere!... Tú, tan pura ¿qué vienes á hacer aquí? me han dicho en otro tiempo que las jóvenes y las flores tienen el mismo destino. ¡Ay! no es así. Vuestra suerte, florecillas, vale mas que la nuestra. Teneis vuestras tempestades, vuestras tormentas, cual nosotras tenemos nuestros dolores y nuestras miserias; espero ignorais nuestras faltas. Y sin embargo, vosotras tambien podeis ser manchadas. Un insecto devastador deposita en vosotras un enemigo cruel que crece y os devora: animales inmundos se posan sobre vuestro tallo y arrastrándose hácia vuestras hojas dejan allí marcada su impura huella. Para vuestros males hay remedio; la mano hábil que os cultiva persigue á vuestro enemigo hasta en su retiro, lo arranca de allí y cierra vuestras llagas: un bienhechor rocío baja del cielo, corre sobre vosotras, borra vuestras manchas y os devuelve la primitiva belleza. ¡Pero nosotras... pero yo!... yo culpable y sentenciada ¿quién puede volver á hacer que sea lo que fui? ¿Quién puede devolverme mi inocencia?... Dicen que Dios y su misericordia... el arrepentimiento... Dios, que dicen que me ha criado no tal cual soy, si no tal cual era. Dicen que ha criado todo cuanto existe... y á tí tambien, pequeña rosa! ¡Cuán linda eres! añadió cogiéndome en sus trémulas manos. ¡Cuán suave es tu aroma! ¡Qué delicado y gracioso es tu tallo! ¡Cuán admirables tus colores y cuán sabia la mano

que te hizo! Pero ¿de qué te sirve tanta magnificencia para concluir tan pronto, para ajarte aquí?... ¿Fuiste creada para visitarme? ¿Dios te ha hecho tan hermosa para que me consolases en mi prision? ¿Seria para decirme el nombre del que cuida de tí, para lo que aquí has venido? ¡Ah! Si Dios que envia cuando quiere su bienhechor rocío á las flores y los campos, si el mismo Dios que te ha criado, rosa, quisiese asistirme en esta hora de agonía!...

Calló la sentenciada. Permaneció pensativa y recogida en sí misma.

Y yo, admirada, maravillada, ignorante de aquellas cosas, abrí mi corola cuanto podia para oír aquellas palabras.

Hondos suspiros se exhalaban del oprimido pecho de la joven y las lágrimas temblaban en su pupila.

Inmóvil, abismada en sí misma parecia agobiada en la lucha y próxima á ser vencida por una poderosa fuerza. Blanqueaba el alba apenas las tristes paredes de la prision, pero yo veía la mirada de la sentenciada dirigirse al cielo, y una alegría divina me agitaba porque una palabra que habia dicho me habia hecho reflexionar.

—¿Es para venir á visitarme en mi prision para lo que fuiste creada?... ¿Será para decirme el nombre del que cuida de tí para lo que has venido?... ¡Ah! Si tal era en efecto mi destino, si esta felicidad me habia sido concedida ¿qué mas tenia que pedir al cielo? Por eso una divina alegría me agitaba y por eso á este pensamiento me estremecía suavemente como al impulso de la brisa de la tarde.

Incierta de lo que iba á seguir esperaba.... pero nada venia á turbar aquella profunda calma en aquellas inmensas salas.

De pronto se levantó en el silencio un grito de resurrección.

—¡Dios mío! ¡en vos espero! ¡Sí, cuando todo se me escapa, cuando todo huye de mí, espero en vos!

Era la sentenciada que incorporándose sobre su cama oraba al fin con trasporte.

—¡Dios mío! decia, ¡creo en vos y me arrepiento! ¡haced venir sobre mí vuestra divina misericordia! ¡tened compasión de mí! añadió cogiéndome entre sus manos hacia el cielo. ¡Salvadme vos, que habeis enviado esta débil florecilla para recordarme vuestro nombre que lo habia olvidado en mi culpable vida!

Y cayó falta de fuerzas: corrieron á ella, y en los brazos y sobre el corazón de uno de esos ángeles de caridad que velan á la cabecera del padecimiento, del crimen ó la desgracia, la sentenciada derramó lágrimas, no de desesperación, sino de fé, de esperanza y de amor....

Aquí debo callar. Una rosa no puede contar los grandes misterios que se verificaron entre el Dios de misericordia y su criatura arrepentida y perdonada.

#### IX.

Cuando el cielo entero bajó á la prision viniendo á rodear el altar un divino sacrificio, un rayo dorado de sol me iluminó. Recibí entonces mi enseñanza; comprendí que Dios habia cumplido mis deseos y que mi suerte era mil veces preferible á la que habia envidiado un instante; porque yo habia tenido mi hora de utilidad sobre la tierra.

Pronto, despues del acto de reconciliación suprema,



la sentenciada, orando por su madre, espiró dulcemente radiante y salvada.....

Quedó cumplido entonces mi destino.

En esta hora se me aparecen dos flores encantadoras que han tenido tambien la mision de consolar en la tierra: la rosa que un pobre mutilado ofrece con corazon reconocido en premio de un doloroso servicio (1), y la flor de las montañas que encanta las tristes oraciones del prisionero de Fenestrel, y que fué enviada tambien para enseñarle el nombre de Dios que no sabia.

(1) Habia sobre la ventana de la prision una rosa en un vaso; «Yo te ruego traigas esa rosa», me dijo Marone-lli. Yo se la llevé y la ofrecí al anciano cirujano que acababa de cortar la pierna diciéndole. «No tengo otra cosa que ofreceros para mostraros mi agradecimiento.» Este tomó la rosa y lloró. (Mis prisiones.—Silvio Pelli o.)

Me llaman, voy á reunirme con ellas, y las tres, confundiendo nuestro principio de vida, que no es ni espíritu ni alma y cuya ciencia solo Dios conoce, exhalaremos para siempre nuestros perfumes sobre el altar del que nos crió.

Tú que me escuchas, y que permaneces aun sobre la tierra, espíritu orgulloso ó dócil, corazon lleno de esperanza ó desengañado, alma inocente ó culpable, no olvides que la oracion del ser mas débil encuentra siempre su camino para dirigirse al oido del Señor, y á una vida de santuosas alegrías, de brillante ociosidad, de egoismo, aun de puras afecciones, es preferible, aun comparada con la humillacion, la miseria ó el sufrimiento, una hora de utilidad sobre la tierra marcada por Dios.

Y esta hora se llama DEDER.

CONDE DE FABRAQUER.

## ESTUDIOS MORALES.

### EL PODER DE UN NIÑO.

Si las ciudades tienen sus tentaciones, tambien el campo tiene las suyas, sobre todo para un jóven rico que tenga mucho tiempo que perder y que no sepa en que emplearlo.

Sin embargo, don Leon Santelmo ha pasado allí los primeros años de su matrimonio. Obligado por los deseos de un tio, de quien ha heredado, á vivir en su casa de campo de las inmediaciones de Valencia, ha tenido la felicidad de encontrar en su jóven compañera no solo una amiga encantadora y decidida, sino una buena compañera, una persona instruida y sobre todo deseosa de instruirse ella tambien. Con semejante sociedad, en tal morada, ¿cómo no conjurar el fastidio y fijar en ella constantemente el placer?

Un niño viene á animar todavía esta sociedad, en la que Leon debería estar siempre contento, y donde no lo está algunas veces..... Pero hacía el mismo tiempo unos oficiales con licencia se habian establecido en las inmediaciones de la quinta. Los visita, los oye y los admira, feliz si quieren tolerar su trato, pero no es mas que un simple provinciano y verle en tan brillante tertulia....

Allí sabe que la vida de familia es necesariamente fastidiosa; que una muger es una traba; que un niño es otra; que es preciso sacudir esas cadenas y buscar la felicidad en donde se halla.... en el mundo.

Se juega en la tertulia de los oficiales. Leon aprende á perder alegremente lo que tiene de sobra, y pronto lo que le es necesario para vivir decentemente segun su clase y condicion. ¡Singular efecto del primer cebo de la vida! Leon vuelve con mas ardor al juego al dia siguiente de una pérdida que al de una ganancia: y noten bien nuestros lectores que pierde con mas frecuencia que gana.

Su querida Sofia ve el desarreglo de su conducta: lo deplora. En vano ha hablado; pero su silencio que debería hacerle feliz, tampoco tiene el menor poder.

No es porque Leon esté tranquilo: siente pesares, remordimientos, deseos de enmienda: y siempre las cartas tenían mas fuerza que sus promesas.

Esta mañana todavía iba por una de las alamedas del parque á la cita fatal. Al pasar á lo largo por entre las encinas divisa á Sofia por entre las aberturas que deja el verdor y follage de los árboles: tambien ella ha visto á Leon; sabe bien donde va, y se esconde tras de los árboles para ocultar su dolor, para no intentar llamarle, porque seria inútil y haria mas culpable á Leon.

Pero la niña Anita ha visto la mirada de su madre: la ve llorar y esclama: ¡Papá! yo quiero ver á papá.

Su madre la coge en sus brazos y ocultándose ella misma pone la niña á la vista de su padre. Anita grita y agitando sus delicadas manos echa con ellas muchos besos á Leon.

Acude éste: todavía no debe parecer que huye de su muger y de su hija. Enjuga las lágrimas que aun la quedaban y que daban una gracia mas interesante á la sonrisa con que acogió á Leon. Hallábase éste todo conmovido: Anita hizo lo demas. Despues de haber jugado algunos momentos con él:

—Papá, dijo, yo quisiera un coche como la hija de nuestra vecinita.

—¿La Isabelita? ¿Tiene un coche á su disposicion, di?

—Si, el mas lindo del mundo.

—Espílicate, Anita.

—¿Sabes, papá que el casero y la casera de la quinta están siempre juntos en el campo, en la casa, en la iglesia?..... Sebastian volvía del trabajo con su azadon al hombro: Francisca le seguía llevando á Isabelita por la mano; pero de pronto esta coge el azadon y aquel pone á Isabelita encima de él. ¡Oh, y cómo se reía! Yo hubiera querido estar en su lugar.

Y diciendo estas palabras, Anita se habia apoderado del baston de su padre, y se esforzaba en colocarse como Isabelita con el azadon; pero es difícil llevarse uno á sí mismo: Leon y Sofia acudieron á su socorro.

¿Qué decir todavía? Habia llegado el buen momento:



las cartas quedaron olvidadas y no volvieron á acordarse mas de ellas. Leon quiso mejor creer á su propio corazon que á los discursos de los señores oficiales.

—Es hombre alagua, hombre perdido, dijeron al ver que

no asistia ya á sus partidas de monte, y que se hallaba encerrado entre las cuatro paredes de su casa al lado de su muger y de su hija.

No dudeis encontrar la naturaleza en el corazon del



El poder de un hijo.

hombre; y sus sencillas expansiones no tienen una gracia menos interesante en presencia de esos árboles y de esas matas de boj tan cruelmente niveladas por las tijeras del jardinero y en las cosas que la gente y el capricho de la moda sujeta á ellas y á sus hijos al trage mas estraordina-

rio. Dad á la moda si es preciso, vuestro tocador, y la decoracion de vuestra morada; pero reservad á la naturaleza el corazon todo entero. Si el corazon está sano, si este se salva, fácilmente puede uno consolarse de lo demas.